



**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA  
TESTIMONIOS MAYORES  
H. JUAN BAUTISTA FURET  
“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”  
(Edición del Bicentenario)  
CEPAM/abm  
1989**

## OBSERVACIÓN

---

El presente texto reproduce la edición príncipe de 1856, a excepción de algunos elementos tipográficos. Las notas que la acompañan tienen en cuenta las investigaciones realizadas sobre los orígenes maristas en los treinta últimos años. Su fin es precisar más los textos del Hermano Juan Bautista, aclarar o mejorar lo que sea necesario. Cuando estas notas se refieren a textos aparecidos en publicaciones maristas, sólo se da la referencia (cfr. la tabla de abreviaturas). Si provienen de otras publicaciones, se resume brevemente lo esencial. Estas notas son fundamentalmente de los Hermanos Alejandro Balko, Aníbal Cañón, Gabriel Michel, Paul Sester y Pierre Zind. Han sido seleccionadas por el H. Roland Bourassa y revisadas por el P. Jean Coste, SM.

Las notas de la introducción son del H. Juan Bautista.

Un equipo de Hermanos de España e Hispanoamérica tradujo e hizo la revisión del francés al castellano.

Agradecemos cordialmente a todos los que han hecho posible esta edición.

## ABREVIATURAS

---

- AA        Abrégé des Annales du Frère Avit.
- AAL        Archivos del Arzobispado de Lyon.
- ADL        Archivos del Departamento de Loira.
- AFD        Achievement from the Depts. H. Stephen Farrell, fms, 1986.
- AFM        Archivos de los Hermanos Maristas. Roma.
- ALS        Avis, Leçons, Sentences, 1927.
- AN        Archivos Nacionales de París.
- APM        Archivos de los Padres Maristas. Roma.
- BAC        Biblioteca de Autores Cristianos. Ed. Católica, Madrid.
- BI        Bulletin de l'Institut des Frères Maristes.
- BQF        Biographies de Quelques Frères, 1924.
- CM I        Crónicas Maristas I. El Fundador. H. Aníbal Cañón Presa. Ed. Luis Vives, Zaragoza, 1979
- CM II        Crónicas Maristas II. Biografías. H. Aníbal Cañón Presa. Ed. Luis Vives, Zaragoza, 1979.
- CM III        Crónicas Maristas III. Sentencias. H. Aníbal Cañón Presa. Ed. Luis Vives, Zaragoza, 1989.
- CPO        Copia pública del Proceso Ordinario (Lyon, 1888-1891).
- CPA        Copia pública del Proceso Apostólico (Lyon, 1897-1901).
- CSG        Circulaires des Supérieurs Généraux.
- FMS        Revista de los Hermanos Maristas.
- LPC 1        Lettres du Père Champagnat. Vol. 1. Frère Paul Sester, fms, 1985.
- LPC 2        Lettres du Père Champagnat. Vol. 2, Répertoires. HH. Raymond Borne y Paul Sester, fms, 1987.
- MC        Marcellin Champagnat. Mons. Laveille. Éd. Téqui, París, 1921.
- MEM        Mémoires (Recuerdos personales) del H. Sylvestre, fms.
- NCF        Les Nouvelles Congrégations de Frères enseignants en France de 1800 à 1830. Pierre Zind, fms. Lyon, 1969.
- OM        Origines Maristes, tomos 1, 2, 3, 4. J. Coste y G. Lessard, SM. Roma, 1960-1967.
- OME        Origines Maristes, Extracto referente a los Hermanos Maristas.
- PPC        Pratique de la Perfection Chrétienne. Alphonse Rodríguez. Éd. Cosson, París, 1837.
- RLF        (Marcelino Champagnat) y la Reconnaissance Légale des Frères Maristes, vol. 1 (... à 1840). Hermano Gabriel Michel, fms. Éd. du Carmel de Saint-Chamond, 1986.
- SA        Saint Augustin. Oeuvres complètes. Ed. Louis Vivès, París, 1878.
- SAL        Saint Alphonse de Liguori. Oeuvres ascétiques. Éd. Paul Mellier, París, 1843.
- SFS        Saint François de Sales. Oeuvres complètes. Éd. Niérat, 1838.
- SMC        Sur les traces de Marcellin Champagnat, tomos 1 y 2. Hermano Pierre Zind, fms. (Artículos publicados en "Présence Mariste" de 1970 a 1987.)
- S-PSV 1        Summarium-Positio Super Virtutibus 1. Roma, 1910.
- VF        Marcelino Champagnat. Volviendo a las Fuentes. H. Alejandro Balko. Provincia Marista Norte, 1983.
- VPC        Vida del Padre Champagnat. Ed. de 1931.

## PRÓLOGO

---

Narrar la vida de un santo, describir sus luchas, victorias y virtudes, cuanto hizo por Dios y por el prójimo, es proclamar la gloria de Jesús, divino restaurador del mundo, Santo de los santos y autor de toda santidad. Pues todos los predestinados que nos iluminan y con sus ejemplos disipan las tinieblas del pecado y de la ignorancia, reciben su luz de la vida de Jesús y se inflaman con la contemplación de sus virtudes, como se encienden muchas velas de una misma antorcha, de la que reciben luz y calor (S. Macario, *Doctrina*).

Todos los santos pueden decir con san Pablo: *Vivo... no yo, es Cristo quien vive en mí*. Vive en su entendimiento por la fe, que es participación en la vida eterna; en su memoria por la evocación de su grandeza, bondad y dones, cuyo solo recuerdo los colma de alegría; en su corazón por la caridad; y vive, finalmente, en todas las facultades espirituales de sus almas y en todas sus obras de virtud. Él les hace saborear las eternas verdades, captar las divinas inspiraciones, y los atrae hacia sí por el perfume de sus virtudes. De ese modo, cuanto en los santos es gracia, procede de Jesús y se convierte en gloria de Jesús. Los santos, dice san Juan Crisóstomo, son como las estrellas del cielo que forman un concierto maravilloso, para proclamar la gloria de Jesús. Cuanto hay en ellos, respira su espíritu; sus palabras proclaman las perfecciones de Jesús, y sus acciones son fruto de la gracia. Los sufrimientos de los santos constituyen sacrificios de alabanza a la soberana grandeza de Jesús. Su vida, en definitiva, es un trasunto de la vida de Jesús y reproducción de sus virtudes (NOUET, *Vida de Jesús en los santos*).

Escribir la vida de los santos es condenar el vicio, fomentar la piedad y la virtud. La vida de los santos, según san Gregorio Magno, muestra con evidencia las virtudes y sugiere los medios para adquirirlas. Es espejo nítido que pone de relieve nuestros defectos e imperfecciones de modo tan patente, y, por lo mismo, tan repulsivo, que su sola contemplación basta para movernos a corregirlos. La vida de los santos es una viva representación de la perfección evangélica y de las sucesivas etapas para alcanzarla. Es el Evangelio puesto en práctica. La única diferencia entre el Evangelio y la vida de los santos –dice san Francisco de Sales– es la que va de una partitura musical a su interpretación.

Al leer la vida de los santos, nos sentimos suave, pero fuertemente impulsados a imitarlos, como si cada uno de ellos nos invitase a seguirlo, y, mostrándonos las virtudes de que nos da ejemplo, nos dijera lo mismo que decía la castidad a san Agustín al comienzo de su conversión: “Lo que éstos han hecho, ¿no vas a ser tú capaz de hacerlo? ¿Crees que ellos pudieron superar por sí mismos los, obstáculos del camino del cielo? No.

Vencieron el pecado y practicaron la virtud por la gracia de Jesucristo. Ahora bien, tienes la promesa de esa misma gracia. Con ella podrás lo que ellos pudieron y realizarás lo que ellos realizaron”.

Pero por más que el ejemplo de todos los santos sea sumamente útil para llevarnos a la perfección, sin embargo, dice san Pedro Damiano, la misma prudencia que regula la selección de las virtudes más necesarias o convenientes, debe también determinar la elección del que se adapte mejor a nuestro estado y profesión.

Cada Instituto y cada profesión, según san Jerónimo, tienen sus primeros miembros cuyos ejemplos son modelo para los venideros. Obispos y sacerdotes tomen como modelo a los apóstoles y varones apostólicos y esfuércense en conseguir el mérito que corresponde a ese honor. Quienes profesamos la vida eremítica, sigamos el ejemplo de

los Pablo, Antonio, Julián, Hilarión y Macario. Nosotros, los Hermanos Maristas, siguiendo el acertado consejo de este gran doctor, hemos de tomar como modelo en la práctica de la virtud a nuestro piadoso Fundador. Nada más útil y provechoso que su ejemplo.

Para elevar a los santos a la cúspide de la santidad, Dios los ha llevado a veces por sendas prodigiosas y extraordinarias, admirables, pero no imitables. En otras ocasiones, por caminos trillados y ordinarios si bien de forma heroica y perfecta que sí que podemos admirar e imitar. Tal es el caso de nuestro venerado Fundador: toda su vida es para nosotros un modelo que podemos y debemos imitar. Su vida viene a ser para nosotros el espejo que refleja nuestras deficiencias y las virtudes que Dios nos pide, la norma de conducta que en cada página nos indicará qué debemos hacer para ser religiosos de oración, fervientes, celosos de la gloria de Dios e inflamados en el amor a Jesucristo, verdaderos devotos de María e imitadores de la humildad, sencillez, modestia y vida oculta de esta augusta Virgen. Al estudiar y meditar este cuadro de virtudes que nos ofrece su vida, cada uno debe pensar: *Éste es el modelo que tengo que copiar, que debo esforzarme en reproducir. Nunca llegaré a ser perfecto religioso, auténtico Hermanito de María, si no me asemejo a este prototipo de perfección para mi estado.*

Un día, después del tránsito de san Benito, sus principales discípulos, estando en oración, cayeron en éxtasis y Dios les mostró un camino real hacia el oriente que llegaba desde la celda del santo hasta el cielo. Dicho camino se hallaba cuajado de antorchas que difundían una claridad tan suave como luminosa. Entre sus hermanos, san Mauro contemplaba con especial interés la escena, cuando se le apareció un ángel que le dijo:

- ¿Qué miras con tanta atención? ¿Sabes qué significa ese camino?

- Lo ignoro, respondió san Mauro.

- Pues es el camino que llevó a vuestro padre, san Benito, al cielo. Si queréis llegar a la patria celestial, tenéis que seguirlo, es decir, imitar las virtudes de vuestro padre. Cumplid puntualmente la Regla que os dio y que él observó con tanta perfección.

Al leer la vida y las enseñanzas de nuestro piadoso Fundador, hemos de aplicarnos las palabras del ángel a los hijos de san Benito y pensar “Ése es el camino, ésa es la Regla que siguió nuestro Padre para obrar el bien, merecer el cielo, y llegar a la perfección que alcanzó. Si queremos ser auténticos discípulos suyos, si deseamos continuar su obra y compartir con él la gloria en el cielo, hemos de seguir sus huellas, imitar sus virtudes, observar la Regla que nos dio y que él tan fielmente observó. Es la única que puede conducirnos a Dios y al puerto de salvación. Cualquier otra nos perdería y llevaría al abismo”.

El profeta Isaías, dirigiéndose a los israelitas más fieles, los anima a imitar la vida y las obras de Abraham, su padre, para que, a ejemplo del gran Patriarca, se decidan a avanzar con paso firme por el camino de la santidad. Siguiendo la exhortación del profeta, fijemos nuestros ojos en aquel que Dios nos dio por padre y modelo. Pondremos su espíritu de fe, su inmensa confianza en Dios, su celo ardiente por la salvación de las almas, su amor tierno y generoso a Jesús, su piedad filial para con María, su profunda humildad, mortificación, desprendimiento de las criaturas, y su perseverancia en el servicio de Dios, para estimularnos a la práctica de esas mismas virtudes.

Boleslao IV, rey de Polonia, llevaba la efigie de su padre colgada del cuello. Cuando tenía que abordar algún asunto importante, la tomaba en sus manos y, contemplándola, exclamaba: “Padre, que conserve en mi la honra de tu estirpe y siga los ejemplos que tú me has dado; que no haga nada en contra ni sea indigno de tu conducta.” Como ese virtuoso príncipe, no emprendamos acción alguna sin dirigir una mirada a nuestro Padre, sin recordar sus virtudes, sin tomar como norma de conducta su espíritu y sus ejemplos. Comportémonos siempre de modo que ninguna de nuestras palabras y

acciones sea indigna de él, o pueda ser desautorizada o condenada por sus palabras y enseñanzas o por los ejemplos que nos dejó.

Dios ha concedido abundantes gracias de estado a cada fundador y el espíritu de la familia religiosa de la que le constituyó cabeza y modelo. Esas gracias y ese espíritu fluyen de los fundadores a las almas de los religiosos para impulsar su acción y avivar su virtud. Los religiosos que no tienen el espíritu de su fundador, o que lo han perdido, deben ser considerados, y considerarse a sí mismos, como miembros muertos. Tales religiosos corren gran peligro de perderse al abandonar su vocación y volver al mundo. Y, aunque permanecieran en el estado religioso, les resultaría difícilísimo mantenerse en gracia de Dios y salvar su alma. Son como ramas que, aunque sigan unidas al tronco, se secan y mueren al haber perdido el espíritu de su estado por sus repetidas infidelidades. Por lo mismo, pierden la caridad y se condenan por haber abusado de los medios que debieron llevarles a la perfección.

El espíritu de su estado y de su fundador son para un religioso no sólo una práctica útil, sino algo indispensable. No existe gracia, virtud, paz ni felicidad aquí abajo, ni salvación ni dicha después de la muerte para quien no posea dicho espíritu.

En las crónicas de los Hermanos Menores, cuyo fundador es san Francisco de Asís, leemos que un hermano de la Orden tuvo esta visión: apareció ante él un árbol impresionante por su belleza y corpulencia. Sus raíces eran de oro y sus frutos eran hombres. Esos hombres eran los Hermanos Menores. Tenía tantas ramas como provincias la Orden. En cada rama figuraban los hermanos que tenía la provincia que representaba. De este modo, el hermano pudo saber el número de religiosos que formaban la Orden, distribuidos por provincias. Llegó incluso a saber el nombre de cada uno, su edad, condición, cargo, gracia, virtud y sus deficiencias. En la parte superior de la rama central, distinguió al General, Hermano Juan de Parma. Los Ministros de todas las provincias estaban en la punta de las ramas próximas. Vio también sentado a Jesucristo en un trono elevado, deslumbrante de resplandor. El divino Salvador llamaba a san Francisco junto a sí, le ofrecía una copa llena del espíritu de vida, y le decía: "Ve a visitar a los hermanos de tu Orden y dales a beber de la copa del espíritu de vida; pues el espíritu de Satán va a desatarse contra ellos, los sacudirán y algunos caerán para no volver a levantarse." Acompañado por dos ángeles, san Francisco fue a ofrecer la copa a sus hermanos. Empezó por Juan de Parma, que la tomó y bebió con santa avidez todo su contenido quedando transfigurado y resplandeciente como el sol. Luego, el santo fue ofreciendo la copa sucesivamente a los demás hermanos. Fueron pocos los que la recibieron con el debido respeto y piedad, y tampoco la agotaban totalmente. El reducido número de los que la recibieron y apuraron se transformó al punto. Los que bebieron sólo un poco y derramaron el resto se quedaron en parte brillantes, en parte oscuros, en proporción a lo bebido o derramado. Pocos instantes después, se levantó un viento huracanado que sacudió el árbol con tal ímpetu que los hermanos cayeron por tierra. Los que habían derramado totalmente el contenido de la copa del espíritu de vida eran los primeros en caer. Los demonios se apoderaban de ellos y los arrastraban a oscuros calabozos donde eran cruelmente atormentados. Pero el General de la Orden y cuantos, como él, habían apurado la copa, eran llevados por los ángeles a una morada de vida y luz eternas. Finalmente, el árbol zarandeado por la tormenta acabó cayendo y fue juguete del viento. Calmada la tempestad, de la raíz de oro del árbol que acababa de ser arrancado surgió otro cuyas hojas, frutos y el mismo árbol eran totalmente de oro. Es decir, que la Orden se renovó y los hermanos que no habían querido recibir el espíritu de su fundador, después de perderse, fueron sustituidos por otros más fieles.

"No todos los descendientes de Israel, dice san Pablo, son pueblo de Israel, como tampoco todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham." Igualmente, no todos los que se dicen religiosos son auténticos religiosos; quienes sólo llevan el nombre, el hábito, las apariencias, o sólo exteriormente cumplen sus deberes de estado,

no lo son en absoluto. Solamente lo son quienes poseen el espíritu de su fundador e imitan sus virtudes. Estas virtudes y aquel espíritu los hacen verdaderos religiosos, aseguran su perseverancia, la perfección, su felicidad aquí en la tierra y en el más allá. ¡Ojalá todos los Hermanitos de María comprendieran esta verdad fundamental y se aplicaran sin descanso a estudiar la vida y las enseñanzas de su Fundador, a imitar sus virtudes e impregnarse de su espíritu! Los Hermanos que tuvieron la suerte de convivir con él, han bebido ese espíritu en la misma fuente: las instrucciones que les dirigía a diario y los consejos personales que les daba. Los que nos sucedan a lo largo de los tiempos, podrán sacarlo de la meditación asidua de su vida, de sus máximas y de la Regla del Instituto. Para ofrecerles esa oportunidad, hemos recogido con verdadero cuidado las palabras de nuestro venerado Padre; hemos analizado sus instrucciones. Ofrecemos sus criterios acerca de las virtudes y damos a conocer los objetivos que se propuso y los motivos que le indujeron a redactar la mayor parte de las reglas que nos dejó.

Para disponer los ánimos de nuestros Hermanos a la lectura útil y amena de esta vida, ya sólo nos resta garantizar la autenticidad de los hechos aquí narrados. Y para ello, dar a conocer las fuentes de donde provienen. Los documentos que integran esta historia no se han tomado al azar: son fruto de quince años de laboriosa investigación, y nos han sido proporcionados:

1. Por los mismos *Hermanos* que vivieron con el Padre Champagnat, que fueron testigos de su conducta y siguieron de cerca su actuación, compartieron sus trabajos y escucharon sus enseñanzas. Estos Hermanos nos han entregado su aportación por escrito. Además, hemos dialogado con ellos sobre el contenido de sus notas, ya para asegurarnos de la exactitud de las mismas, ya para recoger de sus labios otros testimonios e informaciones que podían sugerirles nuestras preguntas.

2. Por *otras muchas personas* que vivieron con el Padre Champagnat o que lo conocieron íntimamente. Se trata de venerables clérigos o seculares piadosos que lo trataron de cerca y lo ayudaron en sus obras.

3. Por los *escritos del buen Padre*, por un cúmulo de cartas escritas a los Hermanos y a otras personas. Cartas que hemos leído una y otra vez con la mayor atención. También encontramos preciosos datos en muchas cartas a él dirigidas por los Hermanos y por otras personas.

4. Por *nuestros propios recuerdos*: hemos tenido la ventaja y la dicha de convivir con nuestro venerado Padre casi veinte años y formar parte de su Consejo. Lo hemos acompañado en multitud de viajes, hemos discutido largamente con él sobre las Reglas, las Constituciones y el método de enseñanza que dio a los Hermanos, y, en general, acerca de cuanto se refiere al Instituto. Al escribir su historia, podemos, pues, afirmar que contamos lo que hemos visto y oído y lo que hemos podido reflexionar y estudiar durante muchos años.

Por muy ejemplar que resulte la biografía del Padre Champagnat, la conoceríamos muy superficialmente si nos hubiéramos limitado a escribir su historia sin más. De poco valen las buenas acciones y grandes obras, los trabajos duros y continuos si no tienen el mérito de ir acompañados del espíritu que los informa y les confiere su valor. Pues bien, en la segunda parte de esta obra, a nuestro juicio la más edificante y útil para los Hermanos, hemos intentado descubrir el espíritu del buen Padre, es decir, el conjunto de sus sentimientos y disposiciones. Esta segunda parte podíamos haberla titulado “la Regla encarnada”. Pues en ella aparece el Padre Champagnat como modelo perfecto de las virtudes características de nuestro estado, en especial de humildad, pobreza, mortificación, celo apostólico, puntualidad, exactitud y regularidad. A ejemplo del divino Maestro empezó por vivir antes de enseñar. Es decir, que antes de darnos las Reglas, de establecer un ejercicio de piedad o de virtud, las había practicado él previamente. En definitiva, lo que hace más atractiva esta parte de la vida de nuestro Fundador es que

nos presenta simultáneamente sus enseñanzas y ejemplos. Para ello, a menudo, le haremos hablar a él mismo, ya a través de sus cartas u otros escritos, ya por las notas enviadas por los Hermanos o por nuestros propios recuerdos. *Es evidente que no pretendemos citar textualmente sus propias palabras cuando transcribimos lo que nos dijo en sus instrucciones y exhortaciones –que resultaría imposible–. Pero si no hemos podido transcribir literalmente sus expresiones, hemos sido fieles a su pensamiento y a sus sentimientos. Estamos convencidos, y nuestra conciencia lo atestigua, de que nuestro trabajo revela el espíritu del Padre Champagnat, el análisis de sus instrucciones, sus máximas, su sentir acerca de las virtudes, las Reglas y el modo de observarlas y nada más.*

## DECLARACIÓN DEL AUTOR

---

Conforme al decreto de Urbano VIII, del año 1631, declaramos que los hechos y las apreciaciones contenidos en esta historia tienen una autoridad meramente humana, y que el calificativo de santo o bienaventurado dados al Padre Champagnat o a otras personas, no tienen mayor alcance que el que les atribuye el lenguaje corriente. Además, sometemos esta obra al dictamen de la Iglesia católica, apostólica y romana. Retractamos y corregimos de antemano cuanto nuestras autoridades eclesiásticas puedan hallar de reprehensible en ella.



## INTRODUCCIÓN

---

El conocimiento de Dios es tan importante que el mismo Jesucristo vino a la tierra para traérselo a los hombres. El divino Salvador caminaba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea para instruir, catequizar y enseñar su divina doctrina. Los niños, al igual que los mayores, eran el centro de sus desvelos. *Dejad que los niños se acerquen a mí – decía a sus discípulos – y no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios.* Tanto le importaba su salvación que dirigió sus más terribles amenazas contra quienes los escandalizan.

El Hijo de Dios es el autor y supremo maestro de la doctrina cristiana. Vino a traerla del cielo y la enseñó en la tierra. Y su modo de hacerlo se parece más al *catecismo* que a los sermones.

Haber sido utilizado por Jesucristo y los apóstoles como único método eleva la labor del catequista por encima de cualquier otro modo de anunciar la palabra de Dios.

Durante los primeros siglos, los maestros de la Iglesia siguieron el ejemplo de los apóstoles: sus doctores eran los catequistas. Los obispos recibieron de Jesucristo la misión divina de enseñar sencilla y familiarmente la doctrina cristiana. Misión que consideraban inherente a su condición de padres y pastores. Si con el incremento del número de fieles se vieron obligados por la fuerza de las circunstancias a declinar en otros tan noble función, pusieron el mayor esmero en seleccionar cuidadosamente para desempeñarla a los hombres más capaces y virtuosos de sus Iglesias<sup>1</sup>.

Los más eximios doctores de los primeros siglos de la Iglesia tenían a gala ejercer la misión de catequistas y preparar a los catecúmenos para el bautismo. San Cirilo, obispo de Jerusalén, san Ambrosio, arzobispo de Milán, san Gregorio de Nisa y san Agustín escribieron una serie de tratados que aún conservamos para preparar a los catequistas y enseñarles a instruir en los rudimentos de la fe a los niños y a los adultos que se preparaban al bautismo.

En la Iglesia de Alejandría existía una célebre escuela de catequistas para instruir a los catecúmenos. Panteno, san Clemente de Alejandría y Orígenes fueron sucesivamente los responsables. Dieron tal prestigio a esta escuela, que a ella acudían de los países más lejanos. Allí recibió san Gregorio Taumaturgo los primeros rudimentos de la fe e hizo tales progresos que mereció la admiración de los siglos venideros.

El catálogo de dignatarios de la Iglesia de Constantinopla incluye entre las dignidades la de catequista, cuya misión consistía en instruir al pueblo y a los que abandonaban la herejía para volver al seno de la Iglesia católica. Orígenes, con sólo dieciocho años, y siendo aún simple seglar, estaba encargado de la instrucción de los catecúmenos. En Cartago, san Cipriano confió idéntica misión a un retórico llamado Optato, como lo confirma en estos términos: “Hemos establecido como maestro de catecúmenos al lector Optato.” El diácono Deogracias, doscientos años más tarde, desempeñaba el mismo cargo en dicha Iglesia. A sus instancias, compuso san Agustín el bello manual titulado *Cómo enseñar los principios de la religión cristiana a los ignorantes*.

De todo ello podemos colegir que esta tarea se encomendaba a los diáconos, a los sacerdotes, e, incluso, a determinados laicos, pues en la elección de catequista no influía tanto la dignidad de las personas, cuanto el talento, la virtud y las dotes particulares que les adornaban<sup>2</sup>.

Así siguieron las cosas hasta que, al convertirse el cristianismo en religión mayoritaria, desapareció paulatinamente la función de catequista por falta de catecúmenos. Entonces, la misión de enseñar a los niños la doctrina cristiana recayó en los padres y las madres, y, en su defecto, en los padrinos<sup>3</sup>.

Simultáneamente, los obispos se preocuparon de la creación de escuelas que enseñaran a los jóvenes los principios de la religión y las ciencias humanas. En esta época se originaron los cargos de canciller y maestrescuela del cabildo catedralicio. Quienes estaban investidos de esas dignidades se ocupaban de supervisar las escuelas elementales y tenían el derecho de: 1. nombrar y proveer de maestros y maestras; 2. regular y dictaminar acerca de las discrepancias que entre ellos pudieran surgir; 3. establecer estatutos y reglamentos para las escuelas y velar por su puntual observancia.

La mayoría de los concilios celebrados a lo largo de la Edad Media, especialmente los de Châlons-sur-Saône, en 813; Aquisgrán, en 816; París, en 829; Meaux, en 845; Toul, en 859; Troflé, en 909; Letrán, en 1179 y 1198, recomendaron vivamente la fundación de escuelas e instaron a los responsables de las parroquias a que dieran la catequesis al pueblo, sumido por entonces en la más profunda ignorancia<sup>4</sup>.

Por desgracia, y pese a las recomendaciones de los concilios, esa ignorancia se fue incrementando progresivamente, y la tarea del catequista fue cayendo en descrédito. Tenemos dos pruebas inequívocas de ello: el ejemplo de Gerson y el decreto del Concilio de Trento, sesión 24, capítulo 4, acerca del catecismo<sup>5</sup>.

El entusiasmo que llevó a Gerson a desempeñar la misión de catequista en Lyon fue interpretado como debilidad mental. Y aquel gran hombre se vio obligado a escribir un tratado para justificar su conducta<sup>6</sup>.

Los Padres del santo Concilio de Trento, profundamente afligidos por los estragos que la ignorancia religiosa causaba en la Iglesia y convencidos de que la causa principal entre los cristianos tenía su raíz en la negligencia de los pastores por la instrucción del pueblo, publicaron diversos decretos para recordar a los sacerdotes con cura de almas su obligación<sup>7</sup>. De todos esos decretos, ninguno tan necesario y que haya producido más halagüeños resultados como el que prescribió a los párrocos la obligación de establecer catequesis infantil los domingos y fiestas. Tal decreto produjo tres efectos que renovaron la faz de la Iglesia<sup>8</sup>.

1. *Reavivó el interés del clero por la instrucción cristiana de los niños y difundió la catequesis por doquier.* En cuanto la Iglesia dejó oír su voz, todos se entregaron con admirable entusiasmo a la instrucción de la infancia. Numerosos concilios provinciales ratificaron y publicaron el decreto del Concilio de Trento, e instaron a los pastores a implantar la catequesis. En Italia, san Carlos Borromeo publicó ese decreto con motivo del primer concilio provincial y, de acuerdo con sus obispos sufragáneos, mandó reunir a los niños a toque de campana<sup>9</sup>.

El primer sínodo de Siena<sup>10</sup>, el de Camerino en Umbría<sup>11</sup>; los sínodos de Monza, Cesena, Forlì, Parma, Albano, Montefiascone y muchos otros, siguieron sus pasos. El sínodo de Brescia, en Lombardía, exhortó a los párrocos a que tuvieran para los niños palabras y entrañas de madre y les ofrecieran premios para atraerlos a la catequesis<sup>12</sup>.

España no se quedó atrás en presteza y entusiasmo. Los concilios provinciales de Valencia y Tarragona, al publicar el decreto del Concilio de Trento, establecieron que los pastores dieran el catecismo en lengua vernácula<sup>13</sup>.

En el reino de Nápoles, el concilio provincial de Salerno, siguiendo al de Milán, determinó que se convocara a los niños al toque de campana<sup>14</sup>.

Animados del mismo espíritu, los países del norte de Europa decretaron parecidas orientaciones. En Bohemia, el sínodo de Olmutz estableció, al comentar el Concilio de Trento, que se instruyese a los niños valiéndose de preguntas y respuestas y que se les explicara cuidadosamente lo que debían aprender de memoria<sup>15</sup>.

En Alemania, varias ciudades destinaron una parte del presupuesto para impulsar tan santa iniciativa y en especial para premios anuales. El Concilio de Constanza llegó incluso a ordenar a los sacerdotes que hicieran tan amena la catequesis que fuera para

los niños más una diversión que una ocupación seria. El sínodo de Amberes hizo la misma recomendación<sup>16</sup>. El de Augsburgo añadió atinadas observaciones sobre el modo de desarrollar provechosamente una sesión de catequesis. Las constituciones de la diócesis de Tréveris recomiendan a los pastores que intenten evitar la ausencia de los niños<sup>17</sup>. Las de Sion ordenan conceder premios<sup>18</sup>. Las de Osnabruck, que se hicieran sólo preguntas cortas y claras. Las de Ypres, que se expliquen esas preguntas valiéndose de ejemplos y comparaciones<sup>19</sup>. El sínodo de Gante exhorta a los magistrados de las ciudades a que estén presentes en la distribución de premios del catecismo para estimular a los niños con su presencia. El de Saint-Omer renovó la mayor parte de esos decretos<sup>20</sup>.

Los estatutos de Tarentaise y, sobre todo, los de Annecy dignificaron la catequesis en Saboya.

Por supuesto, Francia no podía contemplar tan acertadas reformas sin participar también en ellas. El Concilio de Besançon, en 1571, estableció reglamentos para la catequesis<sup>21</sup>. El Concilio de Bourges, los sínodos de Metz, Rouen, Orléans; los estatutos de Troyes, Angers y de todas nuestras diócesis, sin excepción, impusieron a los párrocos el deber de la catequesis.

Ni siquiera el Nuevo Mundo quiso quedarse atrás a la hora de llevar a efecto el decreto del Concilio de Trento. Así lo podemos comprobar por los concilios de Lima y México, que rivalizan en entusiasmo con los de la vieja cristiandad<sup>22</sup>.

2. *Dignificó la catequesis.* Mientras que por todas partes los concilios se ocupaban del tema fundamental de la instrucción cristiana de los niños, eminentes obispos, eclesiásticos y santos favorecidos con el don de milagros, se dedicaban a la tarea de catequistas y con su ejemplo manifestaban al mundo cristiano la importancia del catecismo. San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, en medio de sus numerosas ocupaciones dedicaba un tiempo cada semana a la catequesis de los niños y a orientar a los catequistas que había nombrado en todas las parroquias de su diócesis<sup>23</sup>.

San Francisco de Sales y sus canónigos daban por turno la catequesis todos los domingos del año y sábados de cuaresma. Un heraldo, ataviado con una especie de cota de malla azul, en la que resaltaba el nombre de Jesús con letras doradas, convocaba a los niños al acto. Este heraldo repetía con voz alta y sonora mientras tocaba una campanilla: *¡Niños, acudid a la doctrina cristiana, donde os enseñarán el camino del paraíso!* El santo obispo llevaba siempre premios que entregaba personalmente a los niños para atraerlos a la catequesis. Y dos veces al año recorría con ellos en procesión solemne las calles de la ciudad<sup>24</sup>.

San Ignacio de Loyola y sus compañeros se comprometieron por voto a enseñar el *catecismo*. Nombrado General de su Orden, inició el ejercicio de su mandato dando el catecismo en una iglesia de Roma durante cuarenta y cinco días. Siguiendo su ejemplo, los Superiores de la Compañía de Jesús inician su mandato dando catequesis durante cuarenta días<sup>25</sup>.

San Francisco de Borja recorría los campos, con una campanilla en la mano, convocando a los niños a la doctrina y no sólo lo seguían los niños, sino que gente de toda edad acudía a escucharlo. Lo llamaban *el hombre bajado del cielo*, y escuchaban sus palabras como oráculos celestes y divinos<sup>26</sup>.

San Francisco Javier caminaba por las calles de Goa y a voces pedía a los padres de familia que enviasen a sus hijos y esclavos al catecismo. El santo, añade el autor de su vida, estaba convencido de que si se formaba bien a la juventud en los principios religiosos, muy pronto el cristianismo florecería en Goa. Y, en efecto, la ciudad empezó a cambiar de aspecto gracias a los niños<sup>27</sup>.

El beato Pedro Claver pasó la vida enseñando el *catecismo* a los esclavos, y preparó a

más de doscientos mil para el bautismo<sup>28</sup>.

San Felipe Neri consiguió maravillosos resultados en la ciudad de Roma por medio del catecismo impartió diariamente a toda clase de personas.

San Vicente de Paúl, siendo ya párroco, se puso a aprender el dialecto de la región para poder dar mejor la catequesis. Por ese procedimiento consiguió renovar totalmente su parroquia<sup>29</sup>.

San Francisco Regis iniciaba todas sus misiones populares con el catecismo. Un célebre predicador, testigo de la catequesis del gran santo en una iglesia del Puy, exclamó: "¡Ay! Este gran siervo de Dios convierte más almas y les inspira el amor de Dios con sus *catequesis* mejor que nosotros con nuestros elocuentes sermones."<sup>30</sup>

El beato Emiliani realizó un bien inmenso en la populosa ciudad de Venecia juntando a los niños dos veces al día para darles la catequesis<sup>31</sup>.

El cardenal Belarmino, arzobispo de Capua, concentraba a los niños en la catedral. Les daba personalmente la catequesis y entregaba premios a los que mejor respondían. El sabio prelado explicaba tan paternalmente el catecismo, que todos quedaban conmovidos e impresionados. En cuanto se anunciaba la catequesis del arzobispo, con los niños acudía gente de toda edad y condición<sup>32</sup>.

Dom Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, en Portugal, renunció a su cargo pastoral para entregarse totalmente a la humilde condición de catequista.

El santo obispo de Cahors, Alain de Solminiac, nunca dejaba una parroquia sin antes haber impartido el catecismo. Y su celo le inspiraba siempre nuevos métodos para hacérselo más interesante y ameno a los oyentes<sup>33</sup>.

El señor Le Nobletz, catequista desde los catorce años, desempeñó con tal éxito este ministerio hasta su muerte que llegó a renovar cristianamente toda la Bretaña<sup>34</sup>.

El Padre Romilion, Fundador de las Ursulinas de Francia, al sentir la llamada para catequizar a los niños, empezó a ejercer este ministerio en la Isla, en el condado Venasino, donde consiguió espléndidos resultados. Tenía un talento tan especial para atraer el interés de los niños durante la catequesis que le seguían durante más de dos horas sin el menor asomo de aburrimiento<sup>35</sup>.

El Padre Iván, Fundador de la Congregación de Nuestra Señora, impartía la catequesis a los niños los domingos. Su celo le impulsó a grabar él mismo las planchas de las estampas que les distribuía<sup>36</sup>.

El venerable César de Bus desempeñó este ministerio con tanta dedicación y éxito, que mereció el título de apóstol de los niños. En su ancianidad, ya ciego, continuó desempeñando su labor de *catequista* hasta su muerte<sup>37</sup>.

Nuestra bella Francia pudo ver *catequistas* que recorrían ciudades y aldeas instruyendo a los ignorantes. Los Josefitas fueron inicialmente simples catequistas; más tarde se dedicaron a la educación de la juventud y a la dirección de colegios. Antonio Rousier, de acuerdo con sus compañeros, catequizó sucesivamente las regiones del Lyonesado y el Forez, Velay y Auvernia<sup>38</sup>.

El papa Clemente XI estaba tan convencido de la importancia de la catequesis, que desde los primeros días de su pontificado convocó a todos los párrocos de Roma y los exhortó vivamente a que con gran celo instruyeran a sus feligreses, y, de modo especial, a los niños. Les indicó qué normas debían seguir en esta tarea animándolos especialmente a adaptarse a la edad y capacidad de los más pequeños. No contento con esto, quiso predicar con el ejemplo. Y no era raro verlo por las calles impartiendo el catecismo a los niños. Para estimular su entusiasmo regalaba medallas y rosarios a quienes respondían correctamente a sus preguntas<sup>39</sup>.

3. *El tercer resultado de los decretos del Concilio de Trento fue la proliferación de sociedades consagradas a la educación de la juventud.* Si necesitábamos tan magníficos ejemplos de celo, como acabamos de exponer, para convencernos de la necesidad y excelencia de la labor catequética, no era menos necesario perpetuar estos ejemplos en la Iglesia con la fundación de sociedades dedicadas a la instrucción cristiana de la juventud.

San Pío V, papa, elegido providencialmente para reparar las ruinas de la Iglesia, fundó en Roma una *cofradía de catequistas* denominada de la “Doctrina Cristiana”. Muchos se inscribieron en ella y se comprometieron a impartir la catequesis todos los domingos y fiestas. Testigos de los abundantes frutos obtenidos por esta cofradía, el Papa, por medio de una bula especial, exhortó a todos los obispos para que la adoptaran en sus respectivas diócesis concediendo indulgencias tanto a sus asociados como a quienes asistieran a sus catequesis<sup>40</sup>.

San Carlos Borromeo implantó en Milán la *cofradía de la Doctrina Cristiana* y se aplicó a difundirla en toda su diócesis, la cual en poco tiempo, cambió de aspecto. El santo arzobispo gozaba visitando las catequesis. A su muerte asistían a ellas más de cuarenta mil personas tanto en la ciudad de Milán como en las restantes parroquias de su diócesis que contaba con un total de setecientas cuarenta catequesis y más de tres mil catequistas<sup>41</sup>.

Desde su promoción al episcopado, san Francisco de Sales implantó asimismo la *cofradía de la Doctrina Cristiana* en Annecy y promulgó estatutos para normalizar su tarea y asegurar su continuidad<sup>42</sup>.

La Compañía de Jesús, fundación contemporánea del Concilio de Trento, se consagró asimismo a la santificación de los niños y dirigió multitud de colegios.

Esteban y Segismundo, reyes de Polonia, así como los emperadores de Austria, Fernando I y Fernando II, manifestaron que no habían encontrado medio más eficaz para mantener la firmeza de la fe católica en sus estados, minados por la herejía luterana, como las escuelas dirigidas por los Padres Jesuitas. “Esas escuelas irradian –decía el gran Enrique IV, rey de Francia– no sólo las bellas letras, sino también la fe y la piedad.” Los luteranos alemanes confesaban públicamente que los colegios de los jesuitas eran el azote que arruinaba su reforma<sup>43</sup>.

César de Bus tuvo la idea de crear una congregación cuyo espíritu fundamental lo constituyera el deber ineludible y la ocupación perpetua de enseñar la doctrina cristiana. Que fuera en el seno de la Iglesia la Orden de los catequistas, como la de santo Domingo era de predicadores. Esta sociedad, iniciada en 1597 con el nombre de Sacerdotes de la Doctrina Cristiana, y aprobada por Clemente VIII, contaba con quince casas y veintiséis colegios al estallar la Revolución<sup>44</sup>.

Poco tiempo después, san Vicente de Paúl ponía los cimientos de otra congregación que asumió el mismo objetivo de la educación de los niños. En las misiones que daban sus sacerdotes en las zonas rurales, les ordenó que dieran el catecismo elemental a mediodía y el superior al atardecer y que aprovecharan ese momento para preguntar a los niños. Un día, al enterarse de que uno de los sacerdotes había hecho caso omiso de sus recomendaciones, le escribió en estos términos: “Me dio mucha pena que en su misión haya sustituido el catecismo superior por la predicación. No debería haberlo hecho, pues lo que el pueblo necesita con mayor urgencia, y aprovecha mejor, es la catequesis. Dando la catequesis hacemos honor, en cierto modo, al método que siguió Nuestro Señor Jesucristo en la transformación del mundo. Además, ésa es nuestra costumbre, que nos brinda medios para practicar la humildad, y a ella plugo a Nuestro Señor conceder sus mejores bendiciones.”<sup>45</sup>

Por aquel mismo tiempo, el sacerdote, luego cardenal, de Bérulle, comprobando que las gentes del campo se hallaban hambrientos de la palabra de Dios y que se desconocía

casi totalmente la práctica de la catequesis, Fundó una compañía de clérigos dedicados a la formación de sacerdotes y a la instrucción cristiana de los niños. El papa Paulo V aprobó por bula esta congregación con el nombre de *Sacerdotes del Oratorio*. Dirigían colegios y seminarios al tiempo que enviaban también catequistas a las zonas rurales y dedicaban algunas de sus casas exclusivamente a centros de catequesis<sup>46</sup>.

Por entonces aparecieron muchas otras congregaciones con idéntico objetivo, como los Eudistas, que transformaron la Normandía. Los Josefitas, fundados por el señor Crétenet en Lyon, evangelizaron las regiones del Lyonesado, la Bresse, el Forez, Velay, Auvernia, etc., y dirigieron bastantes colegios. En Italia, los Barnabitas y Oratorianos de san Felipe Neri, y en España, los Escolapios de san José de Calasanz, etc.<sup>47</sup>

Gracias al celo que desplegaron todas estas congregaciones quedaba resuelta la educación cristiana de los hijos de familias acomodadas. Pero no sucedía lo mismo con los hijos del pueblo sencillo, sumidos en la más profunda ignorancia y libertinaje por escasez de profesores religiosos. La urgencia de remediar tanto mal era agudamente sentida por los hombres que había suscitado la divina Providencia a lo largo de este siglo para restaurar la sociedad. Uno de ellos exclamaba: "Los males que aquejan a la Iglesia sólo con seminarios y escuelas elementales pueden remediarse. Los seminarios son escuelas de clérigos, y las escolitas elementales, seminarios de cristianos. Sin embargo, para que las escuelas sean útiles al cristianismo, los maestros deben ser apóstoles y no mercenarios."<sup>48</sup>

Para conseguir maestros semejantes, surgió, en el seno de la congregación de San Sulpicio, una asociación sacerdotal bajo el patrocinio de san José, patrono y modelo de todos los educadores de la infancia. "Como se encuentra tan descuidada la instrucción de los hijos del pueblo, escribía uno de sus piadosos asociados, Dios, que vela por su Iglesia, tal vez quiere emplear medios extraordinarios para remediar esa carencia, y suscitar maestros y maestras de escuela para que, con autentico celo apostólico, se consagren a ese ministerio. Por eso, sin duda, derrama su espíritu de oración en el corazón de tanta gente." No cabe duda de que el cielo escuchó anhelos tan ardientes cuando comprobamos cómo surgen inmediatamente numerosas congregaciones laicales consagradas a ese ministerio hasta entonces tan descuidado.

Casi todos los fundadores de congregaciones dedicadas a la instrucción primaria en Francia, fueron formados en San Sulpicio, como si Dios quisiera manifestar que la gloria de haber contribuido tan poderosamente a la realización de los designios de la Providencia corresponde a los hijos de M. Olier<sup>49</sup>.

Desde entonces hubo algunos intentos de crear escuelas cristianas para hijos del pueblo y se formaron asociaciones de clérigos que abrieron escuelas primarias en varias ciudades, facilitando de ese modo la catequesis infantil<sup>50</sup>.

Para reintegrar en el seno de la Iglesia a la ciudad de Privas, que sólo contaba con cuarenta católicos, M. Olier no encontró medio más idóneo que abrir escuelas para los hijos del pueblo. Estaba convencido de que si lograba atraer a los hijos de los hugonotes a la escuela e inspirarles desde la más tierna edad el amor de la religión católica, la herejía se vendría abajo desde sus cimientos. Y no se equivocaba. El señor Couderc, responsable de las escuelas y luego también de la parroquia de Privas, transformó completamente la ciudad<sup>51</sup>.

El señor Bourdoise, viendo que la catequesis de la parroquia de San Nicolás de Charbonnet de París resultaba casi inútil para la juventud, con el pretexto de abrir escuelas parroquiales se rodeó de sacerdotes animados de celo apostólico que se consagraron a la educación de los hijos del pueblo<sup>52</sup>.

Pedro Tranchot, antiguo abogado del Parlamento de París, compró una casa en Orléans para convertirla en escuela gratuita. Se encargó personalmente de la enseñanza y acompañaba a sus alumnos a la iglesia cantando oraciones. En Blois y Tours se funda-

ron escuelas similares y un piadoso seglar, Francisco Perdoulx, fundó más de treinta en la diócesis de Orléans<sup>53</sup>.

Carlos Démia, sacerdote de la diócesis de Lyon y promotor de los asuntos de la ciudad, creó una especie de seminario donde se formaron excelentes maestros. El piadoso maestro puso al frente de la institución a un sulpiciano, convencido de que nadie mejor podría desempeñar ese puesto que un miembro de la célebre congregación, de la que él mismo había sido alumno en San Sulpicio<sup>54</sup>.

El señor de La Salle, fundó la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que se extendió rápidamente por todas las ciudades de Francia, y que en la actualidad imparte instrucción y educación cristianas a más de doscientos mil niños<sup>55</sup>.

Para la educación de las muchachas aparecieron instituciones similares. Entre las congregaciones que surgieron en Francia podemos mencionar a las Hermanas de Nuestra Señora, establecidas en Burdeos, y aprobadas por Paulo V. Las Religiosas de la Visitación; las Ursulinas, que en sólo medio siglo llegaron a tener más de trescientas casas. Las Religiosas de Nuestra Señora de Lorena. Las Hijas de la Caridad, fundadas por san Vicente de Paúl; las Hermanas de San José, fundadas en el Puy; las Hermanas de la Instrucción, nacidas en la misma ciudad; las Hermanas de la Fe, en la diócesis de Agen; las Hijas de Santa Genoveva; las Hermanas de San Carlos de Lyon, fundadas por M. Démia; las Hermanas del Niño Jesús, fundadas por el Padre Barré, y muchas otras congregaciones que no por ser menos conocidas contribuyeron en menor medida a transformar la sociedad en este tiempo de renovación universal<sup>56</sup>.

Pero la Iglesia, siempre incansable, apenas había cicatrizado la herida que le habían causado la ignorancia y la herejía luterana, cuando ya el infierno le preparaba nuevos combates y, por ende, nuevas victorias. La tempestad desatada por la filosofía y la impiedad del siglo XVIII asoló Francia y Europa destrozando altares, derribando tronos y dejando tan sólo ruinas a su paso. Después de este cataclismo, cuando la sociedad volvió a asentarse sobre sus bases y advirtió la dimensión y naturaleza de sus males, se levantó una voz unánime proclamando la necesidad de la instrucción religiosa y afirmando que el futuro de la familia, de Francia y de la sociedad entera dependía de la educación de las nuevas generaciones<sup>57</sup>.

Y esa opinión no se quedó en sentimiento estéril. Por todas partes cristalizó en acciones y sacrificios generosos para crear escuelas. Pero haciendo nuestras las palabras elocuentes de un ilustre príncipe de la Iglesia, podemos decir: “¿Por qué se multiplican sin cesar tantas escuelas privadas y públicas, escuelas de niños y adolescentes, escuelas de adultos diurnas y nocturnas y hasta dominicales? ¿Por qué se abren en casi todos los municipios albergues para enseñar a los niños pequeños y casas cuna para recoger a los recién nacidos? ¿Por qué esa solicitud, esa previsión, todas esas instituciones, hasta ahora desconocidas, que constituyen el orgullo de la parte sana de la sociedad y el eterno oprobio del resto? ¿Creéis que es sólo síntoma de progreso, mejora y perfeccionamiento como se suele afirmar? No. Es la respuesta clara a una necesidad profunda de nuestro tiempo; el remedio acusador del mal que nos corroe. ¿No os dais cuenta, acaso, de que se han invertido los términos? La sociedad debe sacar su fuerza de la familia. Y sucede precisamente todo lo contrario, ya que la sociedad pretende suplantarla. Si la educación familiar fuera lo que debiera ser, ¿sería necesario sustituir el sentimiento materno por la adopción? ¿Es posible que hace un siglo se imaginasen que habría que crear escuelas para enseñar a los niños los rudimentos de la religión y la moral y fundar guarderías para suministrarles leche y cuidados? No. Y ¿por qué? Porque entonces la familia era cristiana. Había ciertamente escuelas para perfeccionar y completar la educación; pero la primera escuela era el hogar paterno. En estas nuevas instituciones de asistencia caritativa hay mil motivos para elogiar mil veces y bendecir a las almas generosas que las han concebido y llevado a cabo. Pero cualquier espíritu observador encuentra alarmante y dramática la decadencia de nuestras costumbres.”<sup>58</sup>

La impiedad ha causado profundas heridas en la religión. Pero la mayor, la que agrava y perpetúa todas las demás, es la ruina casi universal de la educación doméstica. Efectivamente, la mayoría de los padres ya no educan religiosamente a sus hijos, ora porque se hallan enfrascados en los asuntos materiales, ora porque conocen poco la religión, al no haber sido tampoco instruidos de pequeños, ya, sobre todo, porque al ser ellos mismos irreligiosos, lógicamente no les preocupa la salvación de sus hijos. Por eso, gran número de jóvenes se hallarían sumidos en la ignorancia de las verdades de la fe cristiana y enredados en el vicio si Dios, en su infinita misericordia, no se apiadase de ellos suscitando maestros piadosos que se preocupen de su educación cristiana. Esta misión es excelsa y tan grande que no bastan las antiguas congregaciones para atenderla. Por eso ha suscitado Dios en la Iglesia otras muchas, de reciente creación, que han adaptado sus Reglas y modo de destinar a sus miembros en las parroquias a las necesidades de los tiempos y a la misión que estaban llamadas a desempeñar.

Las nuevas congregaciones sólo masculinas son:

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Bretaña, fundados por el señor de la Mennais, antiguo Vicario general de Saint-Brieuc.

Los Hermanos de San José, de la diócesis de Mans, cuyo fundador es el señor Duja-rié, párroco de Ruillé-sur-Loire<sup>59</sup>.

Los Hermanos de San Gabriel, de la diócesis de Nancy, que tienen como fundador al señor Fréchar.

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana del Espíritu Santo, establecidos en Saint-Laurent-sur-Sèvres, en Vendée, y cuyo fundador es el señor Deshayes<sup>60</sup>.

Los Hermanos Marianitas (sic), fundados en Burdeos por el señor Chaminal, canónigo de la metropolitana de esa ciudad<sup>61</sup>.

Los Hermanos del Sagrado Corazón, de la diócesis del Puy, fundados por el señor Coindre, misionero de Francia.

Los Clérigos de San Viator, de la diócesis de Lyon, cuyo fundador es el señor Querbes, párroco de Vourles.

Los Hermanos de la Cruz y los Hermanos de la Sagrada Familia, de la diócesis de Belle, fundados, respectivamente, por el señor Bochart, Vicario general de Lyon, y por el Hermano Gabriel Taborin.

Los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux, fundados por el señor Fièrè, Vicario general de Valence.

Los Hermanos de Viviers, cuyo fundador es el señor Vernet, rector del seminario mayor de Viviers.

Finalmente, los Hermanitos de María, que actualmente constituyen una única familia con los de Saint-Paul-Trois-Châteaux y los de Viviers, y que fueron fundados en 1817 por el señor Champagnat, cuya vida vamos a escribir.

---

◆  
<sup>1</sup> Padre Garreau, Vida de M. de La Salle, t. 1.

<sup>2</sup> Curso completo de teología. 20, cap. III.

<sup>3</sup> Padre Garreau, Vida de M. de La Salle, t. I.

<sup>4</sup> Señor Joly, canciller de la Iglesia de París. Instrucción de los niños.

<sup>5</sup> Historia de la Catequesis de San Sulpicio.

<sup>6</sup> Gerson, Tratado del celo para atraer a los niños a Jesucristo.

<sup>7</sup> Concilio de Trento, Sesión, 24, cap. IV.

<sup>8</sup> Historia de la Catequesis San Sulpicio.



- <sup>9</sup> Actas de la Iglesia de Milán. Concilio provincial, 1565.
- <sup>10</sup> Sínodo de Siena, 1599.
- <sup>11</sup> Sínodo de Camerino, 1630.
- <sup>12</sup> Sínodo de Brescia, 1605.
- <sup>14</sup> Concilio de Salerno, 1596.
- <sup>15</sup> Sínodo de Olmutz, 1591.
- <sup>16</sup> Sínodo de Amberes, 1610
- <sup>17</sup> Constituciones de la diócesis de Tréveris, 1622.
- <sup>18</sup> Constituciones de Sion, 1626.
- <sup>19</sup> Constituciones de la diócesis de Osnabruck 1628.
- <sup>20</sup> Sínodo de Gante, 1650. Ídem, de Saint-Omer, 1640.
- <sup>21</sup> Concilio de Besançon, 1571.
- <sup>22</sup> Concilio provincial de Lima, 1582. Ídem, de México, 1585.
- <sup>24</sup> Vida de san Francisco de Sales, por el Padre Larivière, pág. 362.
- <sup>25</sup> Vida de san Ignacio, por el Padre Maffé, pág. 121, y por el Padre Bouhours, pág. 219.
- <sup>26</sup> Vida de san Francisco de Borja, pág. 157.
- <sup>27</sup> Vida del Santo, por Bouhours, págs. 119 y 571.
- <sup>28</sup> Vida del beato Claver.
- <sup>29</sup> Vida de san Vicente de Paúl, por Collet, t. 1, págs. 56 y 62.
- <sup>30</sup> Vida del Santo, por Daubenton, pág.112.
- <sup>31</sup> Actas de los Santos mes de febrero, pág. 218.
- <sup>32</sup> Vida de Belarmino, por Frizon, pág. 255.
- <sup>33</sup> Vida de Mgr. Alain de Solminiac, pág. 241.
- <sup>34</sup> Vida de M. Le Nobletz, pág. 126.
- <sup>35</sup> Vida del Padre Romilion, pág. 83.
- <sup>36</sup> Vida del Padre Iván, pág. 51.
- <sup>37</sup> Vida de César de Bus, pág. 168.
- <sup>38</sup> Vida de M. Démia, p. 38.
- <sup>39</sup> Guía de los propagadores de la palabra de Dios, pág. 379. Después de ver tan espléndidos ejemplos, ¿quién no se sentirá dichoso de impartir la catequesis a los niños? ¡Qué honor, qué satisfacción, qué consuelo para los Hermanos poder desempeñar un ministerio que ejercieron hombres tan eminentes y santos tan preclaros y que Jesús mismo desempeñó! Para dar a los Hermanos una idea exacta de su sublime tarea de catequistas de los niños, hemos encabezado la vida de nuestro piadoso Fundador con esta introducción.
- <sup>40</sup> Vida de san Pío V, pág. 507.
- <sup>41</sup> Vida de san Carlos Borromeo, pág. 462.
- <sup>42</sup> Augusto de Sales, pág. 306.
- <sup>43</sup> Historia de la Compañía de Jesús, por Créteineau-Joly.
- <sup>44</sup> Historia de César de Bus.
- <sup>45</sup> Vida de san Vicente de Paúl, por Abelly, t. II, pág. 10
- <sup>46</sup> Vida del cardenal de Bérulle, pág. 391.
- <sup>47</sup> Vida de M. Crétenet. Vida de M. Roussier. Ídem, de san Felipe Neri. Ídem, de san José Calasanz
- <sup>48</sup> Vida de M. Bourdoise.
- <sup>50</sup> Historia de la Catequesis de San Sulpicio.
- <sup>51</sup> Vida de M. Olier, t. 11, pág. 480
- <sup>52</sup> Vida de M. Bourdoise, pág. 474.
- <sup>53</sup> Influencia de la Religión en Francia, t.II, pág. 325.
- <sup>54</sup> Vida de Carlos Démia, pág. 137.
- <sup>55</sup> Vida de M. de la Salle, por Garreau.
- <sup>56</sup> Historia de las Órdenes Religiosas, por Henrion.
- <sup>57</sup> Los pastores de la Iglesia son unánimes en considerar la instrucción y la educación religiosas de los niños en las escuelas católicas como uno de los antídotos más eficaces contra los males de la sociedad. Y el papa Pío IX acaba de confirmar tal sentir con la autoridad de su palabra. En la encíclica a los obispos italianos del 8 de diciembre de 1849, dice este gran pontífice: “Decid a vuestros colaboradores que den mucha importancia a las escuelas infantiles. No os

sorprendáis, venerables hermanos, de que nos alargemos en hablar del tema. Sin duda, vuestra prudencia habrá observado que en estos tiempos delicados, todos, vosotros y Nos mismo, hemos de esforzarnos al máximo, emplear todos los medios, luchar con inquebrantable tenacidad y desplegar continua vigilancia por cuanto se refiere a las escuelas y a la instrucción y educación de los niños y los jóvenes de uno y otro sexo.”

<sup>58</sup> Pastoral acerca de la educación familiar, por el cardenal Giraud, arzobispo de Cambrai, pág. 28

<sup>59</sup> Leer: Rouillé-sur-Loire.

<sup>60</sup> Historia de la Órdenes Religiosas, por Henrion.

<sup>61</sup> Se trata de los Hermanos Marianistas, fundados por M. Chaminade.